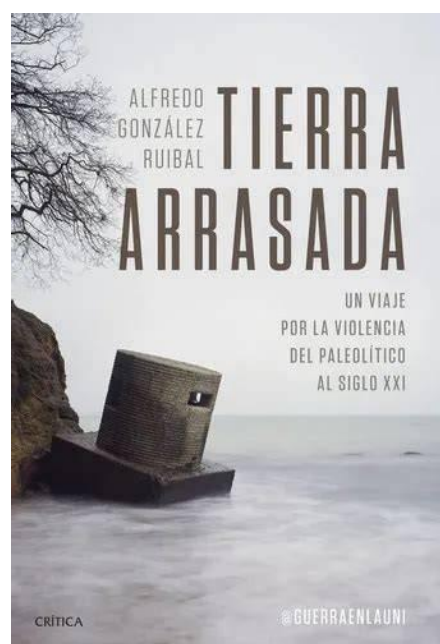


Alfredo GONZÁLEZ RUIBAL: *Tierra arrasada: Un viaje por la violencia del paleolítico al siglo XXI*, Barcelona, Crítica, 2023, 477 pp. ISBN: 978-84-9199-525-8.

Adrián Reyes Barranco
Universidad de Granada

Guerra: naturalizaciones, esencialismos y alternativas

En esta obra Alfredo González Ruibal, arqueólogo e investigador del Instituto de Ciencias del Patrimonio del CSIC, sabe escoger aquellos procesos bélicos y acontecimientos históricos que representan un punto de inflexión tanto en el avance de la historiografía militar como en el devenir de la propia historia. Nos ofrece un recorrido histórico que comienza con los conflictos sociales de las sociedades ágrafas que poblaron el Paleolítico europeo y finaliza con las matanzas que caracterizaron el siglo XX. *Tierra arrasada*, lejos de quedarse en un análisis superficial y descriptivo de los grandes conflictos bélicos transcurridos desde la configuración de las comunidades y sociedades humanas, intenta arrojar luz sobre los posibles orígenes —profundamente culturales— de la «Guerra». Pretende desterrar, en definitiva, mitos y prejuicios que impregnan el imaginario popular.



La primera parte de la obra expone el surgimiento y desarrollo temprano de disposiciones sociales militarizadas. La segunda parte nos muestra la experiencia de la guerra en sociedades tanto estatales como con poca presencia del Estado. Y en la tercera y última parte, el autor profundiza, a través de la narración de acontecimientos bélicos fundamentales de la modernidad, en la expansión y la globalización de la violencia militar y su carácter sumamente destructivo.

La naturalización de la guerra refuerza con determinación la resignación y la apatía de las sociedades ante lo que se percibe como insondable e inmutable. Junto con la violencia estructural y las jerarquías sociales, el fenómeno bélico, bien orquestado y administrado por formas de disposición social vinculadas estrechamente a la guerra, queda atrapado en un esencialismo perverso instrumentalizado por los poderes dominantes y alejado de toda idea de cambio. González Ruibal, con gran acierto, enlaza la

amplificación de episodios bélicos de conquista y extracción de recursos con la aparición de formas estatales bien asentadas gracias a lo que ha denominado «pedagogía del terror». Aun a riesgo de caer en la simplificación, podríamos afirmar que el Estado, cuyo surgimiento motivó la aparición de resistencias sociales y el establecimiento de instituciones de contrapoder,¹ está intrínsecamente ligado a cualquier forma estructurada y financiada de poder militar y conflicto bélico.

Aunque el autor ha intentado desenredar la maraña de conceptos, terminologías y procesos históricos que competen directamente a las sociedades del presente, desde mi punto de vista no lo ha logrado del todo. Y quizá no lo ha logrado del todo por la dificultad que supone abordar elementos sociopolíticos poco claros y multifactoriales. Para empezar, es muy difusa la línea que separa el mero conflicto social, originado por el desacuerdo y la falta de entendimiento entre distintos grupos, del conflicto bélico. A colación, el autor utiliza una frase que no pasa desapercibida: «Ha acabado el Neolítico. Ha empezado la guerra» (p. 48).

Varias ideas, por tanto, nos rondan la cabeza. La primera, y principal, es la obviedad de las que podríamos considerar como razones últimas del origen de la guerra. Sin desmerecer el trabajo del autor, mencionar el surgimiento del guerrero como institución, de la sublimación de la violencia, de armas fundamentalmente bélicas y de la masculinidad como eje vertebrador de la violencia militar es solo una aproximación a los primeros pasos del desarrollo histórico de la guerra. No alcanza, sin embargo, a ofrecer una razón convincente de cómo el belicismo se institucionalizó en las nuevas configuraciones sociales.

A este respecto nos podríamos plantear las siguientes preguntas: ¿Los conflictos sociales «prebélicos» terminan derivando, por razones principalmente económicas (de acumulación de recursos) o políticas, en la institucionalización del guerrero? ¿O las sociedades neolíticas del continente europeo podrían haber tomado una decisión consciente de no seguir el sendero de la guerra? ¿Las formas estatales, posibles impulsoras del militarismo, fueron las únicas disposiciones sociales que adoptaron la masculinidad guerrera y la sublimación de la violencia colectiva? ¿El patriarcado, como sistema social y político, se generalizó en las comunidades humanas del Neolítico o lo hallamos, con cierta precariedad, en partes muy limitadas del mundo? Estas y otras preguntas pueden resultarnos útiles a la hora de concretar realidades históricas tan variadas y complejas. Ni las sociedades «prehistóricas» institucionalizaron al unísono la guerra ni repentinamente entraron en la Edad de los Metales con ansias de conquista y ocupación de territorios. Las razones últimas del origen de la guerra, por tanto, quedan aún lejos de nuestra comprensión.

La segunda idea es que en el análisis de algunas cuestiones influye cierta mirada presentista. La argumentación científica y rigurosa en cualquier ensayo, sea histórico o

¹ David Graeber, *Fragmentos de antropología anarquista* (Virus, 2004), 20.

no, es crucial. No podemos anteponer ni la emocionalidad ni nuestro ideal de justicia a una argumentación construida sobre una metodología científica sólida. Por poner algunos ejemplos representativos: «No sabemos quiénes cuidaron de los muertos de Jebel Sahaba, pero es más que probable que fueran mujeres (y niñas) las que protagonizaron el funeral y el duelo. Las que lloraron por todas, por todos» (p. 31). O: «Al verlo no puedo evitar pensar en las mujeres llorando, las madres o las hermanas de los asesinados, y me recuerda a escenas mucho más recientes en Palestina, Bosnia o Ucrania» (p. 30). ¿Qué argumento nos ofrece para afirmar en la primera cita algo tan rotundo? En la propia afirmación se reconoce que aún no sabemos si realmente fueron mujeres las que cuidaron de los muertos. ¿Por qué tendrían que haber sido mujeres? ¿Nos permite el conocimiento, generalmente parcial, incompleto, que nos ofrecen las pruebas materiales del conjunto de yacimientos arqueológicos extraer conclusiones tan claras y contundentes? ¿No está influyendo aquí, en cierto grado, nuestra convicción cultural e inconsciente de que la repartición de roles de género es el orden natural de las cosas? ¿Estamos analizando realidades pretéritas a partir de aquellos condicionantes actuales que permiten la permanencia de sistemas de desigualdad social? El autor, de alguna manera, opone a su argumento inicial una idea que desmonta cualquier ideal de uniformidad y homogeneización social en la Europa del IV milenio a. C. Lejos de una adopción generalizada de la institucionalización de la masculinidad y de la supremacía del hombre, la aparición de mujeres que se dedicaban exclusivamente al ámbito de la guerra quiebra cualquier línea de continuidad entre sociedades ágrafas presuntamente igualitarias y sistemas patriarcales.

Otro ejemplo de lo que estamos comentando es la afirmación de que «las mujeres desaparecen al mismo tiempo que aparece la guerra» (p. 61). ¿Cómo es posible confirmar la desaparición simbólica y pública de la mujer en las comunidades del IV milenio a. C., tras la aparición de la guerra y la institucionalización del militarismo, si un grupo de mujeres denominadas «amazonas» se hallaron «acompañadas de ajuares típicamente bélicos» (p. 64)? Y aunque constituyan quizá la minoría dentro de un mundo «gobernado por hombres», el autor también reconoce que «existen numerosos casos atestiguados arqueológica e históricamente de mujeres guerreras» (p. 403). En cualquier caso, no pretendo desvincular la institución de la guerra de la expansión de la masculinidad como valor configurativo, ni mucho menos obviar el género como elemento diferenciador en los conflictos bélicos, sino otorgar una perspectiva menos lineal y teleológica.

Tierra arrasada, aun así, sabe conceptualizar el desarrollo de la tecnología militar y el cambio en las concepciones bélicas. La obra nos ofrece una síntesis clara del horror, la violencia y el desastre social y emocional que supone el conflicto bélico en las comunidades afectadas. Elementos como el imperialismo, la esclavitud, la extracción forzosa de recursos, la imposición de una «cultura del terror» o la letalidad gradual de la guerra misma forman parte intrínseca de la militarización de las organizaciones sociales (p.

199). La estatalización de las sociedades antiguas, como en la Asiria de Asurnasirpal II o el Egipto faraónico, termina derivando en una centralización de poder que, auspiciada por un entramado burocrático, instaure formas opresivas tanto interna como externamente.² Por todo ello, el autor considera que las masacres ocurrieron en un contexto de guerra civil: varios conflictos internos, más bien, relacionados con el desarrollo de la ciudad, con su estratificación social y la creciente disparidad de riqueza (p. 93). Si bien es cierto que la organización estatal de las comunidades quizá no sea el único factor que desemboque exclusivamente en la institucionalización de la guerra, la acumulación de recursos bajo la mano de una élite dominante y la centralización del poder sí motivan la aparición de resistencias populares, de una u otra manera, al cercamiento y la usurpación de riquezas.³ La obra parte de esta premisa para marcar como punto de inflexión la convergencia entre el nacimiento de ciertos rasgos estatales en las sociedades y la profesionalización de la guerra. González Ruibal se apoya en el antropólogo James C. Scott, quien «ha propuesto que entendamos los primeros estados como un proyecto de domesticación similar al del Neolítico, con la diferencia de que lo que se está domesticando en este caso son personas, no cabras» (p. 90).

Otro tema bien recogido por el autor, que nos ayuda a entender ciertas concepciones sociales profundamente arraigadas en la contemporaneidad, es la influencia que ejerce la naturalización del Estado, como organización político-social y cultural, en la división de la historia y su análisis. «Habitualmente el colapso de los grandes estados se ha narrado en términos negativos, como un fracaso que se extiende a la propia denominación de las fases históricas» (p. 90). Nuestro enfoque científico, por tanto, queda sujeto a unas realidades culturales vinculadas a predisposiciones sociales consideradas eternas e inmutables. Es más, aquellas fases históricas que experimentaron con más fuerza la descentralización del poder y la disminución de la presencia de la autoridad (como la Edad Media en Europa o el período de los reinos combatientes en China) son calificadas de oscuras, inestables y caóticas. Debido a nuestra incapacidad de imaginar alternativas sociales, se promueve la conversión de construcciones culturales, surgidas de la convergencia y el choque de procesos históricos, en emanaciones políticas incuestionables y atemporales.

Otro elemento clave en la obra es su interés por no considerar la violencia extrema y deshumanizadora como un factor inherente a determinados períodos históricos. La influencia del orientalismo y del darwinismo social en las sociedades contemporáneas, en general, y en las ciencias sociales, en particular, termina dando lugar a tendencias sociales basadas en el establecimiento de relaciones de «raza» (como concepto

² James C. Scott, *Los dominados y el arte de la resistencia* (Txalaparta, 2003).

³ Pierre Clastres, *Archeology of violence* (Semiotext(e), 1994), 83-91.

político)⁴ y clase profundamente verticales y jerarquizadas. Esta actitud, o idea preconcebida, se extrapola a nuestra comprensión de épocas pretéritas. «Considerar que las fosas LBK son un testimonio representativo de cómo era la vida en el Neolítico es un error, lo mismo que pensar que la segunda guerra mundial es característica de nuestra experiencia cotidiana» (p. 400). Afirmar que la prehistoria o la Edad Contemporánea son etapas caracterizadas simplemente por una violencia exterminadora no obedece ni a la realidad de los hallazgos arqueológicos ni a la complejidad de nuestro pasado.

A modo de conclusión, González Ruibal nos ofrece un estudio diacrónico sobre la violencia digno de admirar. Aunque el militarismo y la guerra sean fenómenos que estructuran las sociedades del presente, el enfoque académico y personal de la obra es escaso en la historiografía sobre el tema. Si bien es cierto que la exposición tanto del desarrollo histórico de la ciencia militar como de la evolución de los conflictos bélicos ha sido frecuente en las ciencias sociales, la contextualización y la delimitación cultural que el autor realiza sobre conceptos tan naturalizados no lo son en absoluto. Es meritorio el intento de vislumbrar el origen de ciertos conceptos históricos tan cambiantes y difusos, tan dependientes de las percepciones sociales que pueblan el pasado y de sus sentidos comunes. Y si la obra no aborda el estudio del sistema patriarcal, la guerra o el Estado al completo, sí marca un serio precedente para afrontar con rectitud científica fenómenos sociopolíticos difícilmente domesticables.

⁴ Ruth Wilson Gilmore, *Geografía de la abolición: Ensayos sobre espacio, raza, cárceles y emancipación social* (Virus, 2024), 131-205.